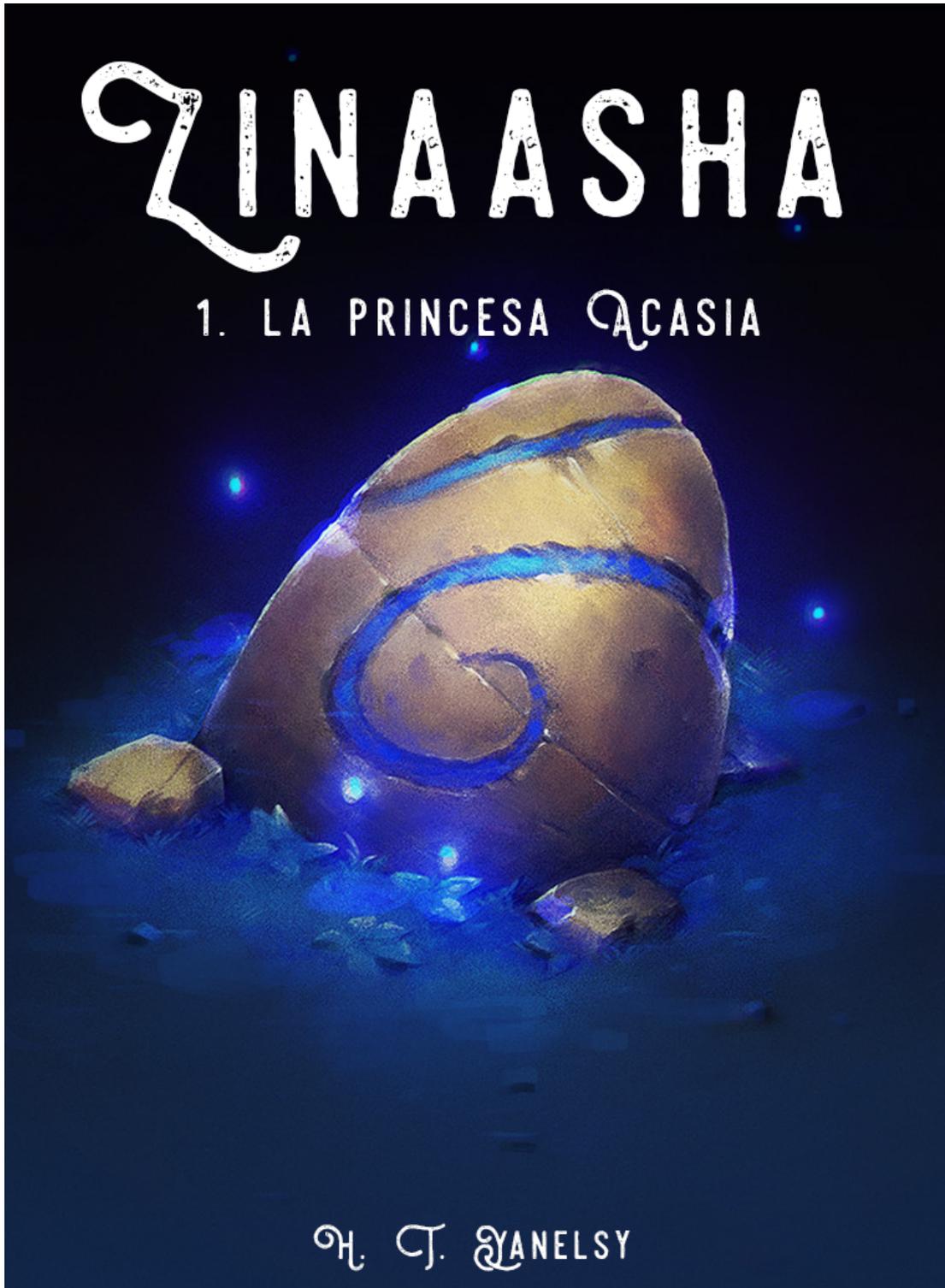


Zinaasha

Yanelisy H. T.



Y. T. YANELSY

Capítulo 1

Prologo

– Sabes que lo que haces no te dejará impune ante Eihaziir, Mago –

Sobre la ciudad de Iwor se escuchó la voz de las gemelas al son del viento nocturno cantando las palabras enviadas solo para el mago. Al escucharlas Erlenimir parecía no inmutarse mientras disfrutaba la vista que le ofrecía la noche en los tejados de la ciudad, incluso podría decirse que las esperaba.

– Bienvenidas, señoras... – comenzó este – Lamento que no haya nada que puedan hacer, el plan ya está en marcha y no veo a vuestro gran señor mover un dedo para impedirlo – dijo el hombre, embragado de altivez y hambriento de poder mientras se giraba para encarar a las dos damas quienes se encontraban paradas tras él, tomadas de manos. Eran aún más bellas de lo que se había imaginado luego de escuchar cuentos sobre ellas, aún más hermosas que ningun otra mujer que hubiera visto antes, las cuales, sin importar qué o como pensara el mortal, parecían flotar sobre aquellas tejas rasguñadas por el tiempo con elegancia, como si nadaran en el aire.

– Tu verdad te ciega, mago – dijo una.

– El Creador sabe muy bien qué estás haciendo, sino ¿por qué otra razón estaríamos aquí? – dijo la otra, las dos se miraron y rieron, separándose y rodeando al hombre, quien con mentón en alto no parecía dar marcha atrás a su decisión.

– ¿Han venido a detenerme? – preguntó Erlenimir, una de las hermanas volvió a conferirle una sonrisa más resplandeciente incluso que el brillo de la luna en aquella noche.

– Solo somos sus oídos y su boca... no negaremos tu destino, pues nuestro señor espera con ansias resultados – completaron ambas con sonrisa peligrosa y erizante antes de desaparecer en el aire cual pompas de jabón.

En ese momento solo eso bastó para que aquel mortal pensara que lo que hacía era correcto, y que debía interpretar aquel mensaje como un regalo de algo que sería conservado por la labor que estaba a punto de lograr. Sin embargo, los humanos son bien conocidos por dejar que sus

sentimientos se impongan ante su juicio y por llenar de esperanza y propósito un vacío que fue defecto de su creación.

Capítulo 2

1. Ojo de Cuervo

Hacía frío, el aliento que salía de su boca con cada respiración podía verse como humo en el aire y tenía los bellos de la piel erizados aún por debajo de aquella camisa de mangas largas, cota de malla y abrigo de piel de vargr; su poblada barba estaba cubierta de escarcha y su sucio cabello largo parecía un racimo de heno seco revuelto que le cubría la mitad de la cara; aquello era una muestra de que el invierno se cernía sobre la ciudad de Vardru.

Las calles estaban llenas de nieve al igual que los tejados. El castillo más allá del bosque incluso parecía camuflarse con las montañas pues la nieve cubría la fachada, pero, a pesar de la hermosura del paisaje aquellos días eran los peores para la escoria de la calle. El alimento era escaso; si paseabas por los mercados podías darte cuenta de que cada día la carne era menos fresca, la fruta no abundaba y los vegetales estaban amarillentos. Vardru era una ciudad de comerciantes, pobres, vagabundos y prostitutas, donde los ricos cada día eran más ricos y el ganado apenas sobrevivía.

— Allí fuera está muy frío soldado... ¿no quiere divertirse un poco? — escuchó a su derecha mientras caminaba, una mujer se le pegaba de manera insinuante.

—Vamos guapo... no me digas que tienes miedo de pasar una noche conmigo — siguió insistiendo pero él hizo caso ajeno, se veía en su rostro que no estaba de humor para sus intentos desesperados de conseguir una moneda, a lo cual la mujer solo dejó de insistir con un resoplido y se alejó de él intentando persuadir a otro hombre en la concurrida calle con una sonrisa cansada en el rostro.

Era pasada media tarde ya, faltaban pocas horas para que el sol comenzara a ponerse detrás de las montañas, aunque a pesar de esto para el hombre el día acababa de iniciar. Siguió caminando sin mirar directamente a ningún lado en particular, su aspecto no era el mejor y sus ropajes estaban sucios; además, su olor tampoco era el de alguien que se bañaría todos los días, quien lo viera de reojo pensaría sin dudas que era un vagabundo.

El hombre dobló paso en un callejón a su derecha; se veía que el farol que alumbraba esa esquina estaba roto hacía tiempo y por alguna razón aquel callejón se sentía más frío que cualquier otra calle, nadie solía frecuentarlo realmente y la persona más supersticiosa hubiera dicho que aquel lugar

estaba maldito.

Sin embargo, Torr se perdió al fondo del mismo dando directo a una puerta de madera; pertenecía a la taberna "Ojo de Cuervo".

A esa hora, "Ojo de cuervo" se encontraba cerrada, la puerta por la que había entrado daba lugar al almacén; así que se giró para cerrar la misma con el seguro interno y luego de ello dispuso camino hacia la entrada principal quedando detrás de la barra, incluso allí dentro podía sentir el mismo frío de afuera, pareciera como si el lugar fuera vivienda de fantasmas, de hecho todo el lugar tenía un aspecto que, aunque normal para él, para cualquier otro hubiera parecido cuando menos lúgubre, de tablas crujientes y silbidos del aire que pasaba rasguñando entre las tablas de la puerta de entrada, con candelabros de un hierro extranjero y un exceso de velas que daba, le pesara a quien le pesara, una moderada iluminación y ambiente al salón.

Tomó unos cuantos troncos de leña del arcón de hierro en una esquina de la habitación y los colocó debajo de la chimenea para poder calentar el lugar; luego de ello, cuando estuvo lo suficientemente tibio arrastró una gran tina que llenó con agua caliente; hacía más de un mes que no tomaba un baño. Subió las escaleras pues en el primer piso se encontraba su habitación, tomó un par de sabanas limpias, ropa y una navaja para afeitar tan afilada como la espada que había dejado en una esquina del cuarto. Se quitó los andrajos y una vez estuvieron listos los preparativos, se metió en el tinaco de madera con agua caliente.

Dentro de su habitación frente al espejo, se deshizo completamente el bello corporal de su cara y rebajó su cabello de tal manera que el mechón más largo surcaba su frente hasta llegar a su ceja. Lo peinó hacia atrás completamente solo con sus dedos y una vez cambiado, fue directo a la sala baja de la taberna; pues el sol ya había caído y era hora de dejar pasar clientes.

Después de limpiar la barra, mesas y ventanas encendió las velas de la sala y recorrió las cortinas cambiando el letrero de la puerta que decía "abierto" aquello y que la chimenea siguiera prendida para entonces era la señal de que el local por fin abría; se colocó detrás de la barra y comenzó a limpiar los vasos con paciencia y soltura.

El primer hombre no tardó en hacer presencia con el tintineo de la campanilla en la puerta, aquel era un sonido de alguna manera reconfortante; era el viejo Collins, siempre iba a su taberna cada vez que su mujer le daba el tiempo libre para ello, era buen hombre; trabajador y responsable.

— Cuanto tiempo, Torr — comenzó a decir el viejo, su voz siempre había sido rasposa aunque acabada por los años, pero no por ello menos sabia.

— Hacía más de un mes que no se te veía por aquí — siguió mientras que alcanzaba la barra y se sentaba justo frente al tabernero, quien le regaló una media sonrisa y vertió en el tarro de un solo movimiento cerveza hasta el tope en el que la espuma alcanzó a desbordarse.

— Bienvenido señor; estuve un par de días fuera, tuve que ir a Ussvel a abastecerme — dijo colocándole la cerveza enfrente para que la tomara — Va por la casa —

Así empezaban todas conversaciones cada vez que lo veía y, a pesar de que este no había preguntado Torr siempre decía algún algo parecido, agradeciendo que el hombre no dijera nada específico.

— ¡Ussvel! eso está bastante apartado de Vardru... — confirió casi con sorpresa después de dar el primer sorbo, Torr casi podía adivinar cuales serían sus siguientes palabras. Pero no le dio tiempo de decir nada más, pues la campanilla de la entrada volvió a sonar.

Dos hombres entraron casi al mismo tiempo, chocando hombros y empujándose al entrar; los conocía, eran los gemelos Predd y Drodd, dos rubios apuestos que aparentaban llevarse mal, pero que en realidad eran como uña y mugre.

Los jóvenes llegaron refunfuñando algunas cosas que tanto el anciano como el tabernero decidieron ignorar y seguido de ello, se sentaron al lado derecho de Collins.

— ¡Benditos los ojos que te ven!, pesábamos que habías muerto — confirió Predd al tomar el vaso que le servía rápidamente el hombre detrás de la barra — Si, apostamos que, si en una semana más no regresabas, habías muerto — terminó Drodd.

— ¿Y quién ganó? — preguntó el tabernero sirviendo una tercera cerveza al segundo gemelo.

— Yo... — se oyó del lado izquierdo, el viejo Collins tenía una sonrisa en el rostro que provocó muecas de disgusto de los hermanos a la par en la que entregaban de mala gana una bolsa pequeña con monedas cada uno.

Mientras que los caballeros tomaban e intercambiaban algunas risas, de un momento a otro la conversación se tornó un tanto incomoda por lo menos para Torr, quien había salido de detrás de la barra para acomodar algunas sillas y mesas, limpiando con un trapo ya muy lejano de ser blanco la madera y algunos artefactos metálicos.

— ¿Ha odio los rumores recientemente? — preguntó Drodd al viejo Collins quien por alguna razón había estado absorto mirando crepitar el fuego de la chimenea,— Si, dicen que el rey enfermó recientemente y que nada ha podido curarlo — terminó diciendo Predd, pero el anciano no les tomó mucha atención ni lo pensó dos veces antes de contestar — Me alegro — dijo sarcásticamente. — ¿Tu qué opinas Torr?...

— ¿Yo?... — confirió fingiendo incredulidad al momento de agacharse para echar un par de leños en la hoguera — Yo solo soy un tabernero...

— Si... eres un tabernero, que regresa con sangre en lo ropa, botas enlodadas y un aspecto terrible cada que sale a por pan y queso... — dijo el anciano mientras que levantaba su tarro de cerveza con una mano como si quisiera proponer un brindis.

— No somos tontos, Torr — siguió diciendo, pero antes de poder hablar nuevamente, él lo interrumpió — El rey está enfermo porque ha sido maldecido... o eso es lo que he escuchado — comenzó a decir al momento en el que regresaba con soltura detrás de la barra — En Ussvel he escuchado que la magia ancestral se ha vuelto corrupta, y que el bosque más allá de las grandes montañas está secándose — dijo él, imperturbable y con frialdad — Pero, eso no ha llegado hasta aquí... más bien, no ha llegado a ninguna ciudad del lado este y es solo un rumor — terminó diciendo como una advertencia para no seguir más con aquella conversación, sobre todo para los gemelos. Cuando la campanilla volvía a sonar, Torr no prestó atención a quien entraba ni tampoco a los tres hombres en la barra, quienes habían carraspeado y meneado incómodamente.

Pasaron las horas y de un momento a otro Torr se vio demasiado ocupado como para seguir manteniendo conversación con aquellos tres, quienes a cada hora entre comida y bebida estaban más ebrios. Ojo de cuervo por lo general era un lugar al que podía ir cualquiera a diferencia de otros lugares; el dueño no contrataba gente que lo ayudara a servir pues consideraba que él mismo se bastaba y sobraba para el trabajo. Aquella noche, sin embargo, fue un poco diferente a lo que solía ver; llegó alguien que no era esperada o por lo menos no tan pronto y el hombre sabía que no se iría hasta entablar una conversación apropiada, lo cual era problemático.

Capítulo 3

2. Alía

La mujer entró por la puerta como si fuera su propia casa, llevaba pantalones de cuero negros, un sombrero típico de altamar y botas con incursiones metálicas; de cabellos negros, ojos penetrantes y un arma en cada muslo avanzó por la taberna, cosa que, por supuesto no pasaría desapercibida entre tanta ave de mal agüero, vargr descarriado y sobre todo ante el tabernero; quien sospechaba que esas no eran las únicas armas que llevaba.

Aquella mujer tenía cierta reputación entre los clientes más viejos de Torr, por ella, se había visto en la necesidad de colocar un tablón con reglas en la entrada de la taberna. Rezando así la primera;

“Las armas cortan la leche y agrian el queso. Si usted desea pasar tendrá que dejarlas atrás...”

Aunque por supuesto jamás había podido controlar del todo la incursión de armas en su establecimiento pues aquel lugar se encontraba entre pueblerinos, soberbios soldados y civiles que jamás aprendieron a leer o escribir el más simple Iridian; lenguaje de todos los lugares. Más de Torr no era la tarea de juzgar, no se molestaba en pensar sobre ello y se limitaba simplemente a echar a quien se opusiera.

Como fuera que fuese, la presencia de la mujer imponía respeto, todos sabían quién era y lo que había hecho, al menos bajo uno de sus nombres.

Causando un momento de silencio en la estancia mientras sorteaba las mesas, se sentó al fondo del lugar y se quitó el sombrero; bastó una mirada general de la mujer para que todos volvieran a sus conversaciones.

— ¿Qué crees que quiera ella aquí? — susurró Drodd a su gemelo mientras el bullicio volvía a su tono normal, quizá tal vez un poco más bajo y calmo.

— Cállate antes de que te escuche y te degüelle, idiota. — decía al instante Predd, tapándole la boca. “Alía, la cazadora” se llamaba, feroz

tanto en tierra como sobre los tres grandes océanos; se contaban proezas sobre ella, hazañas que ningún hombre vivo había regresado para contar o por lo menos no del lado este de reino de Eride. No había hombre, mujer o niño en Vardru que no conociera una o dos de sus proezas.

— Una vez escuché que se enfrentó a más de cien inferni ella sola — dijo Drodd, seguramente imaginando algo estoico y épico dentro de su mente, aquella era una de las anécdotas más conocidas de Alía, a lo cual Torr mientras salía de detrás de la barra giró los ojos y abrió la boca un poco con exasperación, los bardos y cuenta cuentos exageraban mucho las historias...

El tabernero se dirigió hasta ella y mientras le servía un gran tarro de cerveza, Alía notó que se esforzaba en no mirarla, se le notaba en el rostro que no deseaba entablar conversación sin embargo; lo miró directamente a los ojos y acto seguido tomó el tarro y se empinó de este hasta el fondo dejando pura espuma en sus paredes, como la que deja el mar picado sobre las rocas en tarde de tormenta.

— Es bueno verla, señora Alía — confirió Torr, optando por no ser descortés ante una vieja conocida, con una sonrisa mientras que veía como azotaba el tarro en la mesa y esta movía la cabeza, ordenándole rellenarlo después de un eructo que no se molestó en tapar con ninguna de sus manos.

— No mientas Créha, sé que no te alegra verme aquí — dijo ella, sonriendo y empinándose nuevamente del vaso, pero las buenas maneras se escaparon del cuerpo del tabernero —Quisiera la especialidad de la casa, no he comido en tres días —

El hombre simplemente dio marcha atrás para meterse rápidamente en el almacén y tomar lo que necesitaba para comenzar a preparar no solo su pedido sino también el de otros clientes. Torr sabía que ella ni siquiera necesitaba ingerir alimentos, pero también sabía que le importaban demasiado las apariencias entre los humanos como para permitirse lucir fresca y serena sin comer durante tanto tiempo, también sabía que ella era uno de los pocos seres que lo llamaba así y francamente detestaba ese título.

La noche transcurrió entre flamas de velas, calor de chimenea y canticos de hombres que pareciese como si regresaran de la guerra, aunque todos sabía que la guerra había terminado hacía más de cien años. Luego de lo que pareció ser el inicio de una pelea que acabó con las caras de los alborotadores entre el lodo y estiércol de caballo frente a la taberna, el

hombre se preparó para hacer frente a la visita que sin duda no se iría esa noche.

Así pues, los primeros clientes fueron los últimos en salir ya bien entrada la noche, los gemelos iban dando tumbos tratando de cargar al viejo Collins quien casi inconsciente alegaba sobre el regaño que recibiría al llegar a casa. Torr cerró detrás de ellos las puertas con seguro y se giró entonces para poder encarar el desastre en la sala y a la navegante, que desde hacía más de una hora se encontraba con los pies estirados sobre la mesa, el sombrero sobre su cara y las manos cruzadas sobre el estómago señal de haber disfrutado del manjar preparado.

— Por favor baje los pies, me cuesta trabajo sacar el lodo de la madera — decía el hombre con tono sereno mientras que se doblaba para levantar una de las sillas y comenzar a limpiar el desorden, o por lo menos intentarlo.

— ¿Sabes que me ha parecido curioso siempre? — se escuchaba la voz femenina opacada por el sombrero, que con un golpe con su dedo índice subió a la altura de los ojos el sombrero, liberando su boca.

— Que sepas cómo funciona el lenguaje de los primeros, su magia y que aun así... decidas simplemente no usarla — el tono de la mujer tenía un deje de indignación, como si fuera denigrante para ella. Más el tabernero sonrió, casi profiriendo una carcajada y aquello hizo a la mujer se terminar de sentarse correctamente.

— Perdone la rudeza... — dijo este; prosiguiendo con la limpieza — Aún así... ¿qué asuntos tiene un miembro de "Punta de Daga" en mi humilde lugar? — decía. Durante un segundo la mujer no dijo nada y después de otro, dio un golpe en el suelo con la planta de su pie izquierdo tan fuerte que creó una onda en el suelo y el piso se movió tanto que el hombre tuvo que flexionar las rodillas para no caer; en cuanto la onda se detuvo, Torr se vio paralizado.

— Primero... no me gusta que me den la espalda cuando hablo, a más de un tripulante le ha costado la vida tal insulto, y segundo... — decía, dando otro golpe en el piso con el mismo pie; todas las velas se apagaron y la chimenea dejó de arder.

— Tu de entre muy pocos tiene el privilegio de conocer ese nombre, no hagas que me arrepienta de habértelo dado — con un tercer golpe, el cuerpo de Torr se vio empujado hacia ella como si lo estuviera jalando, un sonido de cadenas llenó el aire gélido que de un momento a otro se

acumuló en la taberna, como si el tiempo se hubiera congelado.

La voz de la mujer sonaba seca y amenazante, él sabía que había dicho algo estúpido.

— Si lo que te preocupa es que vean de afuera hacia dentro, no tienes porqué — decía ella y Torr no se molestó en comprender que había hecho sobre aquella habitación para evitar los ojos curiosos, el hombre comenzaba a sudar frío y a pensar que realmente debía andarse con cuidado. — Mi paciencia se agota, así que seré directa — profirió Alía, poniéndose de pie y dirigiéndose hasta el hombre para rodearlo mientras tocaba su barbilla; no había ningún mortal hasta ese momento que no cediera a los encantos de la mujer; para Torr sin embargo, era diferente, el sentía la pesadez en su cuerpo, como si el techo estuviera presionándolo contra el piso y dos paredes estuvieran estrujando su cuerpo tratando de machacarlo, su respiración era agitada y un tiriteo de impotencia y resistencia obvia se apoderaban de su cuerpo.

Alia se colocó frente a él y una sonrisa de oreja a oreja surcó su rostro — Me encantaría ver cómo la desesperación te carcome, pero ese no es mi trabajo, esta vez solo vengo con un mensaje — dijo, y con un chasquido de dedos, las velas y la chimenea volvieron a prenderse, las cadenas que Torr no podía ver dejaron de apretarlo y el hombre se desplomó de rodillas contra el piso, liberando todo su aliento fuertemente mientras recuperaba el color que había perdido del rostro en menos de un minuto. — No seas tan llorón, hijo de Zinaa...

Dijo Alía al mirarlo desde arriba, con evidente aire de superioridad e irritación. Luego de ello, hubo un silencio sepulcral.

— Ellas vinieron a verme el septimo día de Otoño - comenzó.

— Las gemelas me han dicho que deberás acompañar a la princesa de la ciudad de Vardru en un viaje y hablaron alguna mierda sobre... ¿cómo dijeron? — dijo, haciendo un ademán en círculos con una mano para intentar que volviera a ella un recuerdo mientras que del interior de su camisa sacaba una pipa. — Ah si, ya recordé —

— Ella morirá después de ver el quinto sol — articuló aquello como si no significará nada, Alía tomó de una pequeña caja en sus bolsillos hierba seca que tenía olor a menta y fresas, puso aquello en su pipa y colocando el dedo índice sobre esta, pronunció una palabra que se escuchó como un tintineo y un silbido. Cual de vela se tratase, una flama tomó forma desde su uña y allí la mantuvo hasta que la pipa comenzó a desprender un aroma dulce muy sutil.

Las palabras que había dicho eran Alíndium, el idioma de la gente del cielo; perdido en la historia de los humanos, mucho más en la historia de

los océanos, pero no en la mente de los Iluhmina. Torr, quien se había sentado en una silla cercana mientras la veía con una expresión que rayaba entre el enfado y la confusión no dijo nada durante algunos minutos, solo la observó fumar y exhalar un humo rosáceo denso que empapaba la habitación.

— ¿Por qué debo ser yo? — preguntó. Alia lo miró levantando una ceja — ¿Por qué las aves vuelan y los peces nadan? — confirió la mujer.

—No hagas preguntas estúpidas Créha, no eres nuevo en el trabajo y no hay nadie más que pueda encargarse — decía. Exhalando otra calada de humo.

— Mira... Alía, no creo que vengas aquí a darme este mensaje porque si...
—

— No, tienes razón... no estoy aquí solo para transmitir eso — decía la mujer; — Esa niña tiene más entre sus manos de lo que podrías imaginar, no es parte de ninguna profesia tonta, simplemente fue elegida por "él" y si no acatamos sus órdenes... bueno... ¿recuerdas lo que pasó cuando Amái poblaba Eride? —comentaba Alía con sorna — Todo debe salir de acuerdo al plan divino. Acasia vendrá en busca de tu ayuda y tu fingirás rechazo, pero la seguirás muy de cerca...— dijo.

— ¿A sido orden directa de Cepharel? — preguntó Torr, por fin respirando con normalidad.

Alía lo miró y asintió ya con un semblante totalmente desinteresado. Tras una calada honda y la expulsión de un humo denso que casi cubrió al hombre completamente profirió;

— Recuerda que tienes un título que mantener... Créha — se escuchó, como si a cada palabra la voz de la mujer se alejara para finalmente desaparecer al igual que el humo y su cuerpo en la sala de Ojo de cuervo.